

§ 4. *El pseudo-escepticismo de los Träume*

[Cf. *La deducción I*, 101-104, 200-202]

No es discutible que Kant, con el primer grupo de escritos de este período, parezca haber alcanzado un escalón que le permita hacer un alto. Por otra parte circulaba en Königsberg el rumor —¿no ha sido el mismo Kant el primer responsable?— de que iba a codificar sus ideas en un tratado. En todo caso se vio obligado a desmentir este rumor a Lambert. Su enseñanza, por lo demás, se había desarrollado considerablemente y el *Nachricht von seinen Vorlesungen* no nos informa sólo acerca de su extensión, sino también acerca del modo didáctico que se propone seguir. Kant resume, para comenzar, el contenido del *Preisschrift*, y las proposiciones breves y precisas de este resumen nos permiten darnos cuenta de cuán segura estaba su metodología. El método analítico tiene definitivamente prioridad sobre el método sintético. Kant asegura que, de acuerdo con su actitud teórica, no tiene la intención, en la enseñanza filosófica que va a sustentar, de devanar una filosofía totalmente hecha, a la manera de una madeja, sino más bien de imitar a Sócrates en la mayéutica científica, cetética, a fin de que la enseñanza de la filosofía siga exactamente la vía heurística de su construcción. Su fin no es amueblar el espíritu de sus oyentes con una doctrina ya preparada, sino el darle una disciplina y un método de pensar. Esta vía heurística comienza en todo orden de conocimientos por el recurso a la experiencia, para remontarse, a partir de este punto, de lo simple a lo compuesto. El programa de cursos del invierno de 1765-1766 confirma, por consiguiente, el newtonismo de este período.

Es más difícil aún darse cuenta de la significación de los *Träume eines Geistersehers erläutert durch die Träume der Metaphysik* [*Sueños de un visionario explicados por medio de los sueños de la metafísica*], obra, si no de encargo, al menos de circunstancias, y que —como lo confiesa a Mendelssohn— le había sido literalmente arrancada por el entusiasmo que había provocado Swedenborg y su misticismo. Es un panfleto que, muy pronto, va más allá de su objeto primitivo, para verter su sarcasmo sobre la metafísica misma.

Kuno Fischer ha querido ver en este panfleto un Kant escéptico, e interpreta el tono sarcástico de estas páginas como el signo de la separación escéptica de Kant frente a la metafísica. Sobra decir que nosotros nos rehusamos a suscribir esta opinión. En dos palabras, Kant atestigua aquí la certeza absoluta que posee acerca de la falsedad de la metafísica wolfiana y, simultáneamente, al confesar su amor por la metafísica, una cierta hesitación acerca de su posibilidad como ciencia.

Kant ha reconocido dos cosas en el curso de sus meditaciones: primero, que el conocimiento de lo real tiene la experiencia como origen único y que, por consiguiente, sólo las matemáticas pueden reivindicar el título de ciencia pura, *a priori*; en seguida, que la metafísica teórica no es indispensable como fundamento de la moral. La primera tesis es el residuo de las investigaciones cuya sustancia nos ha sido transmitida en los escritos de 1762-1764. Kant debe la segunda a la influencia de Juan Jacobo Rousseau. No olvidemos que la vida espiritual de Alemania estaba violentamente agitada en el momento en que el *Sturm und Drang* anunciaba ruidosamente el advenimiento de una nueva generación, que preludiaba al romanticismo. Kant se ha aventurado en el preceptorado con el fin de asegurar a su futura carrera una base material sólida; en 1759, en un texto dirigido a Lindner, confiesa aún que es un curioso y un profesor por naturaleza, encarnación viviente de la mentalidad racionalista de la *Aufklärung*. En el curso del verano de 1762 el librero Kanter había llevado a Königsberg el *Contrat social*, condenado a las llamas en París, y el *Emile* lo seguía durante el mismo año. Es entonces cuando —según el testimonio de Herder— Kant se entusiasmó por Rousseau, cuando dedicó un verdadero culto a la naturaleza y a la idea del valor moral del hombre. Los signos de este nuevo entusiasmo se multiplican sin cesar hasta 1766.

Ahora bien, Kant corrobora la relación de su alumno con un testimonio indiscutible. Él había puesto una serie de notas marginales, de lo más importantes, en su ejemplar de trabajo de las *Beobachtungen über das Schöne und das Erhabene* [*Observaciones sobre lo bello y lo sublime*] (1764).

Nos ofrecen una perspectiva amplia acerca del sentido de la influencia ejercida por Rousseau. "Soy un buscador por instinto —leemos allí— ávido de conocer. Yo creía sinceramente que la grandeza del hombre consistía en esto y que por esto el hombre cultivado se distingue de la *plebs*. Rousseau me ha vuelto a poner en el buen camino. Rousseau es otro Newton. Newton ha perfeccionado la ciencia del universo exterior; Rousseau la del universo interior o del hombre. De la misma manera que Newton ha puesto al desnudo el orden y la regularidad del mundo exterior, Rousseau ha descubierto la naturaleza escondida del hombre. Era urgente volver al sitio de honor a la naturaleza verdadera, no falseada del hombre. La filosofía no es, en suma, otra cosa que el conocimiento práctico del hombre." Cuando Kant, después de 1770, recupere su equilibrio espiritual, criticará el sentimentalismo y el método de Rousseau. Es que, en ese momento, la crisis ha pasado. Pero mientras tanto es aguda en los *Träume*.

Un newtonismo metafísico sugerido por Crusius y por la física contemporánea: he allí el estado de espíritu revelado por los escritos de 1762-1764; el encuentro de esta tesis con las opiniones de Rousseau no podía menos que perpetuar sus rasgos distintivos, tales como el soberano desprecio por una especulación cuyo efecto sobre la dirección de la vida es nulo. Es bastante tentador creer que la repugnancia por la especulación metafísica fue acentuada por la lectura de Hume. Limitar la ciencia a la experiencia es profesar la inutilidad de la metafísica. Su inoperancia moral señala su maleficencia. Es indiscutible que las indicaciones acerca de Hume y de su doctrina se vuelven, a partir de 1762, cada vez más numerosas y más precisas. Sin embargo, si se recorren los *Träume* con la atención requerida, no se encuentran casi las trazas de un escepticismo que mostraría la cooperación del escocés. En efecto, en la diatriba contra la metafísica está indicado distinguir entre su método y su espíritu.

El objeto principal de la metafísica consiste en mostrar que su error deriva en línea recta de un vicio de método. Bajo este aspecto no hay nada nuevo por señalar, pues el vicio de método que Kant apunta es el mismo que había ya descubierto en el *Preisschrift*, justamente el método sintético

de las matemáticas aplicado sin discernimiento a una ciencia de hechos. Se sigue de esto que no es la metafísica la que se condena, sino una metafísica, justamente aquella que cae en el defecto metodológico reconocido. El método que Kant preconiza como el único admisible es invariablemente el método analítico de la física newtoniana.

Si la posición metodológica de los *Träume* no plantea casi dificultades, no ocurre lo mismo con la fijación del objeto de la metafísica, objeto que se desdobra inmediatamente. Su objeto clásico consistía en conocer las cosas por la razón pura. Bajo este aspecto —dice Kant— no podemos saber nada, y toda pretendida ciencia no puede ser ya más que una *doxa*, puesto que no se puede *synthetisch verfahren* [proceder sintéticamente], cuando se quiere conocer una esencia existente. Una vez más esta condenación global no alcanza a la metafísica, sino únicamente a la metafísica sintética. Habiendo condenado el tema clásico de la metafísica, Kant va a asignarle un nuevo objeto. Le pertenece, en efecto, estudiar lo que el hombre puede conocer sobre la base de los conceptos de la experiencia, único fundamento de nuestros juicios reales. Esto equivale a decir que la metafísica tiene como tarea determinar el área explorable por una razón limitada orgánicamente a la experiencia o —en otras palabras— limitar la razón a conocimientos empíricos. Resulta de ahí que Kant ha percibido claramente que la razón, aunque formalmente ilimitada en tanto que facultad cognoscitiva, está materialmente limitada por los datos de la experiencia.

En el fondo Kant no había dicho algo diferente en 1762-1764, pero no es necesario ser un fino observador para discernir que el tono del alma kantiana se ha alterado profundamente desde entonces. Reina en los *Träume* una exasperación apenas disimulada y Kant da ahí curso libre a sus reacciones sentimentales. ¿A qué atribuir este cambio en sus disposiciones? A ninguna otra cosa —me parece— que a la evidencia de la vanidad de la especulación metafísica para la dirección moral de la vida. Es, pues, Rousseau mucho más que Hume el responsable del pretendido escepticismo de Kant, el cual no es, en suma, más que un pesimismo pasajero. Mendelssohn podía ofuscarse por el tono desdeñoso que reinaba en esa obra, cuando Kant le hubo hecho llegar un ejemplar de homenaje. Kant no cesó de clamar su odio y su desprecio a

la metafísica reinante. *Objectiv erwogen* [considerada objetivamente] —añade sin embargo— la metafísica no es inútil ni despreciable, pero al proceder por el método deductivo no puede más que acumular perpetuamente errores. Si se emplea el procedimiento analítico su objeto propio se desplaza: consiste en determinar los límites que imponen a nuestra razón los datos de la experiencia. Se ve que, considerada materialmente, la doctrina no ha sufrido eclipse desde el *Preisschrift*. Los *Träume* se insertan sin dificultad en la reflexión metodológica del período pre-crítico.

Si ahora abandonamos el método para atender a la doctrina de la causalidad, llegamos a un resultado idéntico. Kant repite que ninguna relación causal puede ser captada por la razón pura sino que todas tienen que captarse en la experiencia. La razón se funda sobre los principios de identidad y de contradicción. Los principios formales, sin embargo, no son aplicables en el caso de la causalidad, pues en ésta preguntamos cómo la existencia de una cosa hace necesaria la existencia de otra. Por tanto, la noción de causalidad no es reducible a conceptos racionales más simples: es uno de los *Grundbegriffe*, que debe captarse, igual que las nociones de fuerza y de acción, en la experiencia. Debido a la imposibilidad de una deducción racional de cada relación causal, Kant ilustra su tesis con el ejemplo de la acción voluntaria ejercida sobre nuestros órganos corporales. Ahora bien, este ejemplo es el mismo que Hume había invocado en apoyo de su tesis. Se ha visto naturalmente en el *Enquiry* de Hume el origen de la doctrina kantiana, pero es curioso, sin embargo, comprobar que Kant tuvo conocimiento de esta obra antes de 1762 sin que parezca haber ejercido una acción determinante. No creemos que el despertar del sueño dogmático del que hablará Kant más tarde pueda aplicarse a nuestro período. La fórmula de la causalidad recuerda exactamente la de Hume, pero no es menos curioso encontrarla en las *Negativen Grössen* [*Magnitudes negativas*].

Está pues comprobado —digámoslo a manera de conclusión— que en 1763 Kant ha leído la obra de Hume, sin que su doctrina pueda ser considerada como el virus de una revolución deslumbrante en las ideas de Kant. Newton y Crusius han contribuido con infinitamente mayor eficacia a la descomposición del wolfianismo en su espíritu. Es verdad, sin